

VIII

María Egipciaca.

Pasaron algunos meses despues de aquel verano en las provincias, y Leon Roch se casó el dia señalado, á la hora señalada y en el lugar señalado para tan gran sucesó, sin que cosa alguna contrariase el plan formado á su debido tiempo y con todo rigor cumplido. Su alma gozaba de aquel contento que viene tranquilo, manso y sin ruido, como el soplo de primavera; contento que recrea la vida sin embriagarla, y que ofreciéndose al alma en dosis mesuradas, no la deja satisfacerse por entero, y así la pone á salvo del tedio. Filósofo y naturalista, Leon creyó que ningún estado mejor podia ni debia ambicionar.

La belleza de María Egipciaca tomó desarrollo admirable despues de la boda, y en este aumento de hermosura vió el esposo un

como gallardo homenaje tributado por la Naturaleza á la idea del matrimonio, tan sabia y filosóficamente llevada de la teoría á la práctica. "Somos un doble espejo, decia, en el cual mutuamente nos recreamos, y á veces no sabemos si la imágen contemplada es la mia ó la de ella. De tal modo se confunden nuestros sentimientos."

El amor de María Egipciaca, que era al principio tímido y frio como corresponde á un Cupido bien educado que se acaba de quitar la venda, fué bien pronto arrebatado y ardoroso. La pasion que primero habia estado detrás de la cortina, presentóse despues con su tea incendiaria, su cáliz divino, su dogal de ansias perpétuas que producen una extrangulacion deliciosa, por lo que el marido estuvo durante algun tiempo olvidado de sus planes pedagógicos, aunque su razon en los momentos lúcidos le hacia comprender la urgente necesidad de ponerlos en uso y de realizar en la práctica el mejor de los sistemas. Poco á poco fué recobrando su habitual equilibrio y los sentimientos irritados descendieron al punto subalterno que les correspondia en su alma. Hallóse al fin como quien sale de un letargo. Vió su espíritu como grande y hermoso país que ha estado largo tiempo ocupado por una inundacion,

pero ya las aguas bajaban dejando ver primero los picachos más altos, después las lomas, al cabo la llanura. Entonces, dijo: "Esto va pasando: necesariamente tiene que pasar. Cuando pase, yo abordaré resueltamente la temida cuestión y empezaré á modelar (empleaba con mucha frecuencia este término de escultura) el carácter de María. Es de un barro exquisito, pero apenas tiene forma."

La mujer de Leon Roch era de gallarda estatura y de acabada gentileza en su talle y cuerpo, cuyas partes eran tan concertadas entre sí y con tan buena proporción hechas, que ningún escultor las soñara mejor. Sus cabellos eran negros y su tez blanca línfática con escasisimo carmin, y así se realizaba su expresión seria y apasionada en tal manera, que cuantos la veían se enamoraban y sentían envidia de su esposo. No tenía tipo español y su perfil parecía raro en nuestras tierras, pues era el perfil de aquella Minerva ateniense que rara vez hallamos en personas vivas, si bien suele verse en España y en Madrid mismo, donde hallará el curioso lector un ejemplar, único pero perfecto. Sus ojos eran rasgados, grandes, de un verde oceánico, con movible irradiación de oro, y miraban con serenidad sentimental que podría pasar por sosa aquí donde, si se reúne mucha gente y

un ejército de ojos negros, se ve un verdadero tiroteo granizado de saetas. Pero las miradas de María no tenían fama de desabridas sino de orgullosas. Sus labios eran tan rojos como recién abiertas heridas, su cuello airoso, su seno proporcionado y sus manos pequeñas y de dulce carne acompañadas, como las de Melibea.

Hablaba con calma y cierto dejo quejumbroso que llegaba al alma de los oyentes, y reía poco, tan poco que cada día iba creciendo su fama de orgullo, y era tan reservada en sus amistades, que en realidad no tenía amigas. Había adquirido desde su infancia tal renombre de sensatez, que sus mismos padres la disputaban como lo más selecto que la familia había dado de sí en todo el decurso de su gloriosa existencia.

Con esta belleza tan acabada que parecía sobrehumana, con esta mujer divina en cuya cara y cuerpo se reproducían, como en cifra estética, los primores de la estatuaria antigua, se casó Leon Roch después de diez meses de relaciones platónicas. Fué ocasión de su esclavitud un súbito enamoramiento que le sobrecogió al verla por primera vez y tratarla en una reunión de la Corte, cuando María, recién salida al mundo, se hallaba en aquel peregrino estado de pimpollo en que

la belleza de la mujer se marca con un sello de inocencia y aparece matizada aún con el rocío de esa encantadora mañana que se llama infancia. Se enamoró como un pastor, vergüenza da decirlo, y él mismo se asombraba de ver que el teodolito de topógrafo y el soplete de mineralogista, trocábanse en sus manos en caramillo ó flauta de bucólico vagabundo.

¿Pero vió en su mujer algo más que una extraordinaria belleza? ¿Qué parte tenía su corazón en aquel delirio? Sería gracioso que se dejase arrastrar por la imaginación quien tanto se jactaba de tenerla por esclava.

Crióse María en un pueblo próximo á Avila con su abuela materna, señora de grandísima terquedad y tiesura, que hablaba mucho de principios sin dar nunca á conocer de un modo concreto cuáles eran los suyos y en qué se distinguían de los ajenos. Al amparo de esta noble señora, que á los sesenta años tuvo la abnegación de trocar las vanidades del mundo por la estrechura de una casa rústica, el lujo y bullicio por la huraña soledad de un páramo, y la crónica escandasa de Madrid por la chismografía de la aldea, recibió María su primera instrucción. Sabía leer bien, escribir mal, y la doctrina la recitaba sin perder una coma. Á excep-

ción de algunas ideas gramaticales y geográficas que le inculcó una maestra de gran sabiduría todo lo demás lo ignoraba. Más tarde supo María, hojeando algunos libros, allegar ciertos conocimientos de esos para cuya adquisición no se necesita gran esfuerzo.

Compañero en aquel período de su vida en el páramo fué su hermano gemelo Luis Gonzaga. La abuela les quería locamente á los dos y les llamaba los ánheles de su muerte, porque decía que teniéndolos á su cabecera en la hora tremenda, le sería más fácil enderezar á Dios con devoción profunda sus últimos pensamientos. Ellos, que también se amaban con toda su alma, compartían sus juegos, los trabajos de las lecciones, el pan y queso de las meriendas, y los húmedos besos de su abuela. Paseaban juntos por los horribles pedregales avileses, y de noche se sentaban con la cabeza echada atrás para contar á competencia las estrellas que en aquel país se ven más claras que en ningún otro paraje del mundo. Se les oía decir:

—Cuenta tú por ese lado, que yo contaré por este... No me quites mi cielo ni te salgas del tuyo... Vaya, que lo de este lado me toca á mí... Medio cielo para cada uno.

—Todo será para entrambos,—les decía una clueca voz desde la ventana alta.—Vaya,

angelitos míos, venid á cenar que es tarde.

Leían á menudo vidas de santos, única lectura que en aquellas soledades era posible; y tan á pechos tomaron ambos niños las estupendas historias de padecimientos, trabajos y martirios, que sintieron deseo de que les martirizaran también á ellos, y ocurrióles la misma idea que cuenta Santa Teresa en el relato de su infancia, cuando ella y su hermanito discurrieron ir á tierra de infieles para que les cortaran la cabeza. María y Luisito salieron una mañana por aquellas áridas tierras, resueltos á no detenerse hasta que no les deparase Dios un par de moros que les descuartizaran. Quedáronse dormidos al amparo de una peña, y allí el Autor de todas las cosas, Dios omnipotente, les dió un beso y los entregó á la Guardia civil. Recogidos por la pareja, fueron llevados á la casa.

Vivían en un país casi desierto, lejos de todo humano comercio. El cura les llamaba los *niños del yermo*, y les sentaba sobre sus rodillas para entretenerse con ellos en el juego de los dedos, en el cual cada uno de los de la mano es un personaje figurado y entre todos representan una especie de comedia ó pasillo, *verbi gratia*: el dedo gordo es un fraillazo que llega á la puerta de un convento de monjas, llama con gruesa voz, y al punto con-

testa el dedo anular con voz triple. "*Tan tan. — ¡Quién...! — El fraile que quiere entrar.*" Todo se reduce á que fray Pedro va en busca de unas coles, que las monjas le dan de palos y él se retira refunfuñando. Con esto se reían los dos gemelos, en edad en que los chicos apetecen por lo comun muñecos más divertidos que sus propios dedos.

Crecieron, y sus juegos fueron ménos primitivos, sus lecturas las mismas y sus caracteres muy sérios y formales. Luis Gonzaga, cautivaba á todos por su índole reservada y juiciosa, así como por su incapacidad para travesuras. Únicamente le reprendían su afán de vagar sólo por las soledades pedregosas, aspirando el ambiente fino y helado que sin cesar bate las inmensas moles graníticas, semejantes á ruinas de una colosal arquitectura, ó á osamenta de un mundo cuya carne se han llevado las aguas. Gustaba de estar solo, ambicionaba apacentar las cabras sedientas y flacas que saltan de hueso en hueso sobre aquel esqueleto de una Arcadia muerta ya y seca. Despreciaba el frío, despreciaba el calor. Un día le encontraron tendido á la sombra de un pino, único ejemplar allí existente de la familia arbórea, y que triste, pelado y vacilante, parecía decir como el cartujo: "De morir tenemos.," Luis Gonzaga escribía *cosas* en un

papel, valiéndose de un lápiz trompudo, sin cesar mojado en saliva. Sorprendido por el cura, arrebatóle éste el escrito, y vió unos renglones desiguales, sin rima, sin númen, sin gramática ni ortografía, que le causaron mucha risa, porque él también entendía un poco de humanidades.

—Ni esto es verso,—le dijo,—ni es tampoco prosa.

No era ni verso ni prosa, pero era poesía; eran estrofas, renglones bíblicos, que expresaban las agitaciones de un alma contemplativa. ¡Cómo se reía el cura leyendo: "Llega el oscuro de la noche, y las ovejas del cielo se extienden por el grandísimo campo azul, guardadas por los ángeles bonitos... El Señor ha pasado ayer en un carro de truenos, del que tiraban relámpagos, que resollaban con granizo y sudaban con lluvia... Yo temblé como llama en el viento, y di mil vueltas en mi idea, como la piedrecilla arrastrada por el río!... ¡Soy como el cardo seco á quien se pega fuego: haciéndome humo, suelto mi ceniza y subo al cielo!,"

Un día la abuelita se levantó más tarde que de costumbre, con el rostro encendido, el habla torpísima, las pupilas resplandecientes como dos botones viejos, á los cuales con el roce se hubiera dado brillo. Observaron

con dolor todos los de la casa que la señora decía muchos disparates, y aunque esto no era en absoluto una novedad, éralo por la repetición constante de los despropósitos, sin ningún intervalo de discreción. Cuando el cura le tomaba el pulso, la señora se agarró de su brazo, después de echarse un manto por los hombros, y riendo con estupidez delirante, gritó:

—Al baile... ¡señor cura, vamos al baile!

Hizo dar dos vueltas al reverendo y después cayó como un plomo. No le alcanzó más que la Extremaunción. Muerta y enterada, los dos gemelos volvieron á la casa de sus padres, que estaban entonces en un período de grandísima escasez y apretura. Luis Gonzaga fué mandado á Carrion de los Condes, de donde pasó á Francia; y María, que afligió á la familia por su estado cerril, fué llevada á un establecimiento de esos que llevan el nombre de colegio. Salió de él á los dos años con el barniz que en tales casas se da, y su madre la presentó á los amigos; entonces la familia de Tellería principió á salir del abatimiento y oscuridad en que estaba, á causa de un cambio favorable en su fortuna; al fin la marquesa abandonó aquel apartamiento que tanto le repugnaba, y durante algún tiempo se vió á madre é hija

discurrir por las varias esferas de la sociedad distinguida y andar en lenguas de aduladores como en plumas de revisteros, y hartarse de palco y landó, y eclipsarse en los veranos para reaparecer en los inviernos con nuevo brillo. Por último, vino un día deseado y María se casó.

Fue considerado este matrimonio como un golpe de suerte para los Tellerías, nobles de segunda fila y cuyo bienestar material no era á propósito para inspirarles gran escrupulosidad en la eleccion de maridos. Dígase lo que se quiera, las familias nobles del día no profesan á sus pergaminos un culto fanático, y si se exceptúan media docena de nombres que unen á su resonancia histórica un caudal sano, aquéllas no vacilan en aceptar las alianzas convenientes y sustanciosas, fundiendo la nobleza con el dinero; y así vemos todos los días que las doncellas de ilustre cuna dan la mano, y la dan con gusto, á los marqueses de nuevo cuño hechos al minuto, á los condes haitianos, á los políticos afortunados, á los militares distinguidos y aún á los hijos de los industriales. La sociedad moderna tiene en su favor el don del olvido, y se borran con prontitud los orígenes oscuros ó plebeyos. El mérito personal unas veces y otras la fortuna nivelan, nivelan, nive-

lan con incansable ardor, y nuestra sociedad camina con pasos de gigante á la igualdad de apellidos. No hay país ninguno entre los históricos que esté más próximo á quedarse sin aristocracia. Á esto contribuyen, por un lado el negocio, haciéndolos á todos plebeyos y por otro el gobierno, haciéndoles á todos nobles.

La felicidad de los dos esposos no tuvo en los primeros meses otras contrariedades que la sombra que proyectaban á veces sobre ellos los parientes de María. Pasado algún tiempo, Leon empezó á creer que se prolongaba más de lo regular la ternura apasionada, inquieta y quisquillosa de su mujer. Esto no hubiera sido alarmante si con ello no coincidiera una resistencia acerada á plejarse á ciertas ideas y sentimientos de su marido. Grandísima tristeza tuvo Leon cuando vió que sin dejar de amarle arrebatadamente, María no iba en camino de someterse á sus enseñanzas, que no eran ciertamente el orden religioso, pues en esto el discreto marido respetaba la conciencia de su mujer. ¡Estupendo chasco! No era un carácter embrionario, era un carácter formado y duro; no era barro flexible, pronto á tomar la forma que quieran darle las hábiles manos, sino bronce ya fundido y frio, que lastimaba los dedos, sin ceder jamás á ellos.

Una noche, al año de casados, estaban solos en su gabinete. Habían hablado larga y cariñosamente de la conformidad de pensamientos como base inquebrantable de los matrimonios pacíficos. Agotada la conversación, el uno había tomado un libro para hojearlo junto á la chimenea, y la otra rezaba. De repente María Egipciaca dejó el reclinatorio, y acercándose á su marido, le puso la mano en el hombro.

—Tengo una idea,—le dijo clavando en él su misteriosa mirada verde, que tenía entonces, con los reflejos de esmeralda y oro, dulzura extraordinaria, sin duda porque sus ojos volvían de ver á Dios;—tengo una idea que me enorgullece, Leon.

Leon aguardó un rato, por no dejar interrumpido el párrafo, y después oyó á su mujer.

—Voy á manifestarte mi idea,—añadió ella.—Yo, mujer débil, inferior á tí en muchas cosas y principalmente en saber y experiencia, lograré un triunfo que jamás alcanzará tu orgullosa superioridad.

Leon le tomó su mano y se la besó tres veces diciéndole:

—Yo no soy superior á nadie, y menos á tí.

—Sí lo eres: esto aumenta mi gozo y me

empeña más en mi empresa... Tú con tu juicio que crees tan fuerte, aspiras á cambiar mi carácter. Yo con mi amor, que es más grande que todos los juicios, aspiró á conquistar el juicio tuyo, haciéndote á mi imagen y semejanza. ¡Qué batalla y qué victoria tan grande!

—¿Cómo lograrás eso?—dijo Leon riendo y rodeando con el brazo su cintura.

—No sé si intentarlo poco á poco... ¡ó así!

Al decir *así*, María arrebató violentamente el libro de las manos de su esposo y lo arrojó á la chimenea que ardía con viva llama.

—¡María!—gritó Leon aturdido y desconcertado, alargando la mano para salvar al pobre herege.

Ella le estrechó en sus brazos impidiéndole todo movimiento; le besó en la frente, y después volvió al reclinatorio donde se puso á rezar de nuevo.

¿Qué decía el libro? ¿qué decía el rezo?